

No lo sé...

** Por José Rentería Torres*

Hoy deseo escribir de cosas que no sé. A lo mejor me veo arrogante con esto de "escribir de cosas que no sé" porque realmente soy experto en nada. Y más de lo que me contaba Sergio, un amigo querido desde nuestras adolescencias me decía, que hace ya algunos años, en Hermosillo se organizó un evento para dialogar sobre: "¿Hay vida en otros planetas? Y que en él participaron astrónomos, físicos, químicos, filósofos y un teólogo, sus nombres, del único que se me grabó fue el del Lic. Gilberto Gutiérrez quien organizó y dirigió el encuentro, (cómo no recordar al maestro "Gutierritos", quien recién llegaba de un posgrado en Nueva York y nos daba en mis tiempos preparatorianos la materia de Ética y Filosofía). En el evento, "unos decían que sí había, otros que no, y uno afirmó: "No sé". Después cambiamos la conversación y salió el Dr. Borlaug, quien modifico la genética del trigo y el trigo empezó a sembrarse dos veces al año en los mismos campos, y con ello palió el hambre de miles de personas quienes morían de hambre en algunas partes del planeta, y otros opuestos, opinaron, que aquella sobreproducción en el mismo terreno agotarían su suelo por lo que se requerirían más agroquímicos y estos contaminarían los mantos acuíferos. Esto nos llevó a las cosas del agua, mejor dicho, a la carencia paradójica -ni tan paradójica- en donde en un lado vemos en vivo y en directo las corrientes crecientes de los ríos y/o los flujos de lodo, que bajan por sus cauces ahogando las vidas y pertenencias de las personas -cierto, esto es por el cambio climático, pero me queda la duda si los colonos de estas localidades sabían que estaban construyendo sus propiedades en lo que fue ¿fue? el lecho milenario de aquellas corrientes -; y en la esquina opuesta se mueren de sed y de hambre por su escasez. "José, te acuerdas, cuando éramos jóvenes, el agua en los pozos en la Costa de Hermosillo se encontraba a escasos treinta metros de profundidad y ahora la sacan a casi un kilómetro de hondo", y con esta hondura saltó el recuerdo cuando en las décadas de los cincuenta, sesenta, setenta… del siglo pasado, los campos de la Costa de Hermosillo reverdeaban por aquellos trigales y algodonales. Tanto era así que, "Sonora es el granero de México", decían, y si te acercabas al granero, te ensordecía el zumbido continuo de las bombas de los pozos, que, sin parar día tras día, semanas, por temporadas enteras extraían el agua cada vez más profunda, y en estas profundidades, recordarnos a mí inolvidable y querido compadre Fernando Noriega cuando me platicaba que su abuelo en los tiempos de don Porfirio con mulas sacaban el agua para regar sus sembradíos. Uno creyera que cien años es un mundo de tiempo atrás, pero no, cien años son un instante, y en ese instante volando pasé de mi niñez, a la vejez, que dejó lejos a aquellos brincos que daba, y ahora poco me falta para andar a gatas. Pero, antes de gatear, le recomiendo el libro "Cien años de la Costa de Hermosillo" que escribió Alfredo Noriega León, hermano de mi compadre Fernando. En el libro

A lo mejor me veo arrogante con esto de "escribir de cosas que no sé" porque realmente soy experto en nada



